

todo el que pudiera llevarlas, sin excepcion, incluso los donados y legos de los conventos; la de una derrama extraordinaria en toda la provincia, y otras imposiciones á los capitalistas y hacendados; la rebaja de sueldos á los empleados, y la de mandar poner á su disposicion los fondos de las iglesias, por si las necesidades de la guerra obligasen á echar mano de ellos. En punto á medidas militares, habia formado dos pequeños ejércitos para defender las dos entradas laterales de la provincia. El de la parte oriental, mas de cerca amenazada por los franceses, púsole á cargo de don Francisco Ballesteros, que de capitán retirado y visitador de tabacos habia sido elevado, en aquella época de improvisacion de ascensos, á mariscal de campo, pero que hizo, así entonces como despues, servicios importantes á la patria, y descubrió y desarrolló prendas militares no comunes, y ahora defendió bien las orillas del Deva, sacando ventajas sobre los franceses que ocupaban aquella línea y penetrando hasta San Vicente de la Barquera.

Bastante menos acertado fué el nombramiento del general don José Worster para la guardia de la entrada oriental, ó sea las orillas del Eo. Aturdido y presuntuoso este general, hizo con los siete mil hombres que mandaba una incursion en Galicia en que, sobre haberse señalado sus tropas en Rivadeo con desórdenes y excesos brutales, sobre haber dejado malamente á los franceses retirarse de Mondoñedo donde pudo sorprenderlos, dejóse poco despues sorprender él mismo en aquella ciudad por el general Maurice-Mathieu que le derrotó y dispersó penetrando tras él en Asturias; y habriase visto en gran riesgo el Principado sin la eficacia y actividad de don Manuel Acebedo, hermano del malogrado general, en recorrer y rehacer la desbandada division con lo cual, y con la noticia de haber entrado en Asturias el de la Romana, retrocedió el francés á Galicia y á sus antiguas posiciones.

En tal estado llegó el marqués de la Romana á Oviedo. Saliéronle á recibir los agraviados y descontentos de las providencias de la junta, de los cuales tuvo la desgracia de dejarse influir en términos que poniéndose á su cabeza se constituyó en una especie de jefe de bandera. Excediéndose de las atribuciones que como á autoridad militar le correspondian y le estaban bien señaladas, tuvo con la junta ruidosos altercados, al extremo de hacerla disolver violentamente, mandando al coronel O'Donnell que con cincuenta soldados de la Princesa invadiese el salon de sesiones y arrojase de allí la diputacion, ridiculo remedo, como observa uno de nuestros mas ilustrados escritores, del famoso brumario de Napoleon. Nombró la Romana otra junta, que como obra de la fuerza y arbitrariedad carecia del indispensable prestigio para hacerse respetar, desconociéndose así el orden y buen gobierno del Principado. Con esto, y con descuidar la parte militar, que era la que le competia, dió ocasion á que el mariscal Ney, aprovechándose de estas discordias, emprendiera desde Galicia una invasion en Asturias, en combinacion con las fuerzas de Santander y Valladolid.

Ney, en efecto, descendiendo por la áspera tierra de Navia de Luarna á Cangas de Tineo y Grado, al propio tiempo que el general Kellermann procedente de Valladolid bajaba por el puerto de Pajares, estaba ya cerca de Oviedo sin que se hubiera apercebido el de la Romana. Súpolo al fin, pero tan tarde que apenas tuvo tiempo para trasladarse rápidamente á Gijón, y embarcarse allí tomando tierra en Rivadeo. La poblacion huía toda, dejando sus casas y haciendas á merced del enemigo, y cuando Ney entró en Oviedo (19 de mayo), le entregó á saco por tres días, casi á la vista de Worster, que lenta y como tímidamente marchaba hácia la capital. Ballesteros creyó prudente engolfarse en las enrisecadas montañas de Covadonga, cuna de la monarquía. Por fortuna Ney no se empeñó en la conquista del Principado, ni era para él ocasion, porque le llamaban otra vez á Galicia la retirada de Soult de Portugal, la insurreccion del paisanaje gallego, y el movimiento de las tropas de Mahy que amenazaban á Lugo. Y así, dejando á Kellermann en Oviedo y en Villaviciosa á Bonnet con las tropas de Santander, regresó él presuroso á Galicia por la costa.

Mahy, que se habia quedado en Galicia con una division de

las de la Romana, se dirigió á atacar á Lugo, que defendia el general francés Fournier. El jefe de la vanguardia don Gabriel de Mendizabal encontró á poca distancia de la ciudad una columna de mil quinientos franceses, á la cual obligó á guarecerse en la plaza. Al día siguiente salió el gobernador mismo á detener á los nuestros, que formaron en dos columnas. Mahy usó la estratagema de colocar á la espalda y á cierta distancia soldados montados en acémilas, con que aparentó tener á retaguardia mucha caballería. Trabada la accion, y volviendo grupas los jinetes enemigos, atropellaron y desordenaron su infantería de tal suerte, que todos de tropel quisieron refugiarse en la ciudad, entrando en pos de ellos y casi revueltos algunos de nuestros catalanes, que despues tuvieron que descolgarse por los muros, protegidos por los vecinos de las casas contiguas. Puso entonces Mahy cerco á la plaza, que ceñida de un antiguo y elevado muro, aunque socavado ya en su revestimiento, ofrecia bastante resguardo, aun contra recursos mas poderosos. Sin embargo habriase visto Fournier en grande aprieto, sin la llegada, para él muy oportuna, del mariscal Soult (23 de mayo), cuando se retiró de Portugal, segun atrás dijimos. Levantó entonces Mahy el cerco, y replegóse á Mondoñedo, donde se unió con la Romana (24 de mayo), que volvia escapado de Asturias.

Temerosos los generales españoles de verse cogidos entre dos fuegos, procuraron evitarlo por medio de marchas atrevidas, si bien los soldados de la Romana, fatigados de tanto andar y de tanto moverse sin fruto, no dejaban de disgustarse y de murmurar de su jefe, apellidándole en sus festivos desahogos, no marqués de la Romana, sino marqués de las Romerías. Por su parte los mariscales franceses Soult y Ney, reunidos en Lugo, acordaron perseguir activamente á los españoles (29 de mayo), y ver de sofocar la insurreccion gallega. Ney con ocho mil infantes y mil doscientos caballos avanzó sobre la division del Miño, mandada á la sazón por el conde de Noroña; este, siguiendo el dictámen de Carrera, Morillo y otros jefes prácticos en la guerra del país, retiróse hácia el puente de San Payo, que poco antes cortado por Morillo, hubo de ser reemplazado por uno de barcas, que con la mayor actividad se improvisó: cortóse otra vez luego que pasaron los nuestros, y colocáronse baterías en una eminencia enfilando el camino del puente. Eran los nuestros sobre diez mil, y apenas habian tenido tiempo de ordenarse, cuando aparecieron los enemigos á la orilla opuesta, y se rompió un vivísimo fuego de ambos lados (4 de junio), que duró seis horas sin que los franceses consiguieran ventaja alguna. Renovóse con mas empeño al día siguiente, siendo todo el conato de Ney envolver nuestra izquierda por un vado ó banco de arena que en la baja marea se descubria: mas despues de una tenaz porfía, convencido de la imposibilidad de forzarle, retiróse calladamente al amanecer del 9 con no poca pérdida. La accion del Puente de San Payo fué de mucha gloria para nuestras armas, y distinguiéronse en ella bajo el mando de Noroña, Carrera, Cuadra, Roselló, Castellar, Morillo y el valiente Marquez que mandaba el regimiento de voluntarios de Lobera.

No fué mas afortunado Soult en la persecucion de la Romana. Despues de tres semanas de marchar por terreno quebrado, hostigado continuamente por el paisanaje que le iba diezmado la gente sin lucha ni gloria, viendo á esta fatigada y disgustada de tanto movimiento sin resultado ni seguridad en parte alguna, desavenido además con Ney por celos y rivalidades, determinó volverse á Castilla. Solo pudo atravesar el Sil por Monte Furado, así dicho por perforarle la corriente del río en una de sus faldas, obra de los romanos segun tradicion. Causáronle descalabros desde la orilla opuesta el abad de Casoyo y su hermano don Juan Quiroga, en venganza de lo cual mandó al general Loison que quemara los pueblos de Castro Caldelas, San Clodio y otros que iban atravesando. Así llegó Soult por el camino de las Portillas á la Puebla de Sanabria (23 de junio), y de allí despues de unos días de descanso, pasó á Ciudad-Rodrigo, que abandonaron los pocos españoles que la guarnecian. El general Franceschi, despachado por Soult con pliegos para el rey José dándole cuenta de sus vicisitudes y de su situacion, al llegar á Toro

cayó en poder de una guerrilla que mandaba un capuchino nombrado Fr. Juan de Delicia.

La retirada de Soult produjo tambien la de Ney, que viéndose solo de los suyos en Galicia, y mas cercado y perseguido de los nuestros que lo que él quisiera, determinó abandonar como él aquel reino, y volverse igualmente á Castilla, por el camino real de la Coruña á Astorga, el mismo que Soult habia llevado antes, cuando iba acosando á los ingleses, de quienes volvia acosado ahora. Las poblaciones que atravesó el ejército de Ney no fueron mejor tratadas que las que á su tránsito habia incendiado ó asolado Soult: arranques de venganza y de desesperacion de dos insignes mariscales del imperio, que habiendo contactado con enseñorear fácilmente á Galicia y Portugal, donde entraron triunfantes, volvian de Portugal y Galicia con la mitad de la gente que llevaron, destruida la otra mitad entre el ejército inglés y las tropas y los paisanos españoles. El conde de Noroña con la division del Miño entró en la Coruña, evacuada que fué por Ney, con gran júbilo de los moradores. Al tiempo que Ney llegaba á Astorga, entraba en Zamora el mariscal Soult (1).

Ni fueron estos solos generales los que se retiraron, ni aquellas dos regiones las solas que á fines de junio se vieron libres de las tropas francesas. Tambien Bonnet y Kellermann retrocedieron de Asturias á Castilla cada uno por su lado, este último huyendo de don Pedro de la Bárcena y de Worster que por la parte de Poniente avanzaban sobre Oviedo, aquel hostigado por Ballesteros, que con el batallon de la Princesa mandado por don José O'Donnell y perteneciente á la Romana, y con el de Laredo perteneciente á las montañas de Santander, que se le habian reunido, llegó á juntar diez mil hombres. Situóse con ellos en las montañas de Covadonga, entusiasmado con los gloriosos recuerdos de la restauracion de la monarquía en aquellas célebres asperezas. Pero faltos de víveres, tuvo que abandonar aquellos sitios, y dirigiéndose hácia Castilla sin camino ni vereda, buscando las faldas de las montañas, logró despues de mil penalidades arribar á la tierra de Valdeburon, y pasar de allí á Potes, cabeza de la comarca nombrada de Liébana. Meditando luego acometer alguna empresa importante, resolvió de acuerdo con otros jefes apoderarse de Santander, pero hizolo con tan pocas precauciones que dió lugar á que la corta guarnicion que en la ciudad habia se hiciese paso, y con tan mala suerte que revolviendo contra él aquella misma noche los franceses ya reforzados, penetraron en la poblacion sorprendiendo á los nuestros y desbandándoles, á tal extremo que creyendo Ballesteros su division perdida embarcóse azoradamente con el coronel de la Princesa O'Donnell en una lancha, haciendo los soldados de remeros, y de remos los fusiles. Elogióse con razon la conducta del batallon de la Princesa, que, fugitivo su coronel, se retiró con orden y serenidad, atravesando por medio de peligros y dando combates gran parte de Castilla hasta incorporarse con el general Villacampa en Molina de Aragon.

La Romana, que entró en la Coruña poco despues de Noroña, condújose allí de un modo parecido á como habria obrado en Asturias; resumió en su persona toda la autoridad, y mas dado á mezclarse en negocios políticos y á fiscalizar el comportamiento de otros en lo económico y civil que á mejorar la condicion de los ejércitos y reorganizarlos, suprimió las juntas de partido que en el fervor de la insurreccion se habian creado, estableciendo en su lugar gobernadores militares, escudriñaba abusos, oia las quejas de los descontentos ó agraviados, gozaba con los agasajos y obsequios que recibia: mas si bien pudo corregir algunos males, entibió el entusiasmo público, y no progresó la parte militar. Por último, des-

(1) Los resentimientos y discordias entre los dos mariscales franceses llegaron al mayor extremo, en términos que habria sido muy peligroso el juntar los dos ejércitos. Ney especialmente, vehementemente de carácter, escribió al rey José y al mismo Soult las cartas mas ofensivas á este, y con la misma irritacion y acritud se expresaban todos sus soldados. Y en tanto que Ney en Astorga desahogaba así su enojo contra Soult, este en Zamora se encontraba como abatido, pensativo siempre, y consumido al parecer de pena. Así los pintaban los oficiales encargados por el ministro de la Guerra de darle cuenta de lo que ocurría.

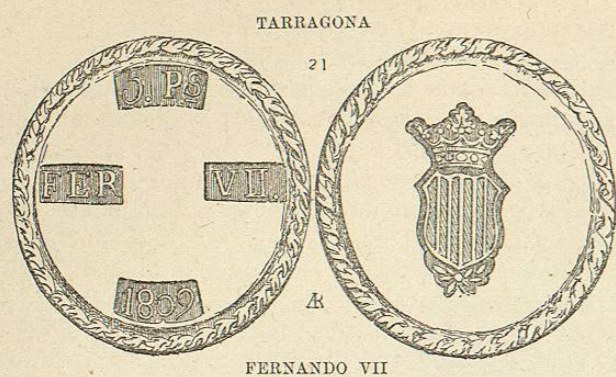
pues de haber destinado á Mahy al mando de Asturias, y de dejar en Galicia algunos cuadros para la formacion de un ejército de reserva, determinó tambien volver á Castilla, donde ordenó á Ballesteros que se le reuniera con el mayor y mas escogido número posible de las tropas asturianas, encaminándose él al Vierzo y tierra de Leon.

Sucedia esto cuando Napoleon desde Schœnbrunn, siguiendo en su manía de dirigir desde lejos la guerra de España, habia dispuesto que los cuerpos 2.º, 5.º y 6.º, mandados por Soult, Ney y Mortier, se reuniesen formando uno solo, y operasen bajo la direccion de un general, designando para el mando en jefe al duque de Dalmacia, Soult, como el mas antiguo. Disposicion que podria ser muy acertada para el objeto que se proponia de batir y arrojar los ingleses, pero que puso en alarma y conflicto á los tres mariscales y al rey José, porque no se creia posible que los tres pudieran servir juntos, y menos que el altivo Ney (el carácter de Mortier era mas modesto y permitia colocarle en cualquier situacion) se doblegara á estar bajo las órdenes del mismo de quien se hallaba tan quejoso y exasperado, y con quien habia dicho que estaba resuelto á no servir mas. Fuéle no obstante necesario obedecer. Mas antes de ver los resultados del nuevo giro que esta reunion dió á la campaña, cúmplenos reseñar brevemente lo que durante estos sucesos habia ocurrido en otros puntos de la Península.

Al modo que en Galicia, así tambien en Castilla se habian formado y corrian la tierra molestando á los franceses, interceptándoles correos y víveres, y cogiéndoles destacamentos, esas bandas de hombres armados, que irritados contra la invasion extranjera, impulsados por su propio patriotismo, ó excitados por hombres resueltos y audaces inclinados á buscar fama ó ventura en este género de lides, ú obligados por la pobreza y falta de trabajo, ó huyendo de la accion regular de las leyes, se levantaban y reunian y peleaban en derredor de un caudillo, y empezando en corto número y engrosando despues, á favor de la estructura geográfica de nuestro suelo y de una aficion ya antigua y como heredada de unas en otras generaciones, hicieron importantísimos servicios á la causa nacional, y dieron no poco que hacer á las aguerridas huestes del dominador de los imperios. La Junta Central comprendió el fruto que podia sacarse de estas guerrillas, y trató de regularizarlas en lo posible y disciplinarlas. Distinguiéronse desde el principio en este concepto en Castilla don Juan Diaz Porlier, nombrado *el Marquesito*, por creersele pariente del de la Romana. Oficial cuando la derrota de Burgos, y habiéndose encargado de reunir dispersos y allegando á ellos alguna gente, primero en los pueblos de la Tierra de Campos, San Cebrian, Fromista, Paredes de Nava y otros, corriéndose despues á Sahagun, Aguilar de Campoo y comarcas intermedias de Santander y Asturias, hacia gran daño á los enemigos, y apoderábase ya de considerables depósitos y gruesos destacamentos. Era su segundo don Bartolomé Amor, distinguido por su intrepidez, merced á la cual y á sus condiciones militares le veremos mas adelante elevado á uno de los primeros grados de la milicia.

Era otro de los partidarios célebres de Castilla don Juan Martin Diez, nombrado *el Empecinado* (especie de apodo que se daba á los naturales de su pueblo, Castrillo de Duero), soldado licenciado, que dedicado á las labores del campo en la villa de Fuentecen, conservando el espíritu bélico, y lleno de enojo contra los franceses, cambió la esteva por la espada; asistió ya á las acciones de Cabezon y Rioseco; perseguido despues, preso y fugado, levantó con tres hermanos suyos una partida, que aumentada cada día, recorria las comarcas de Aranda, Segovia y Sepúlveda, burlaba al enemigo cuando mas acosado parecia verse de él, hacia prisioneros, entretenia fuerzas considerables destacadas en su persecucion, y cuando se vió mas estrechado corrióse por la sierra de Avila á guarecerse en Ciudad-Rodrigo. La junta le confirió el grado de capitán.—Llamado estaba tambien á hacer ruido como guerrillero el cura de Villoviado, don Jerónimo Merino; de los cuales y de otros que por aquel tiempo se levantaron tendremos ocasion de hablar segun se vayan desarrollando los sucesos.—Otros con menos fortuna, y así era natural que sucediese,

acabaron mas pronto su carrera, tal como don Juan Echavarry, que recorría el señorío de Vizcaya y montañas de Santander con una partida llamada Compañía del Norte, el cual

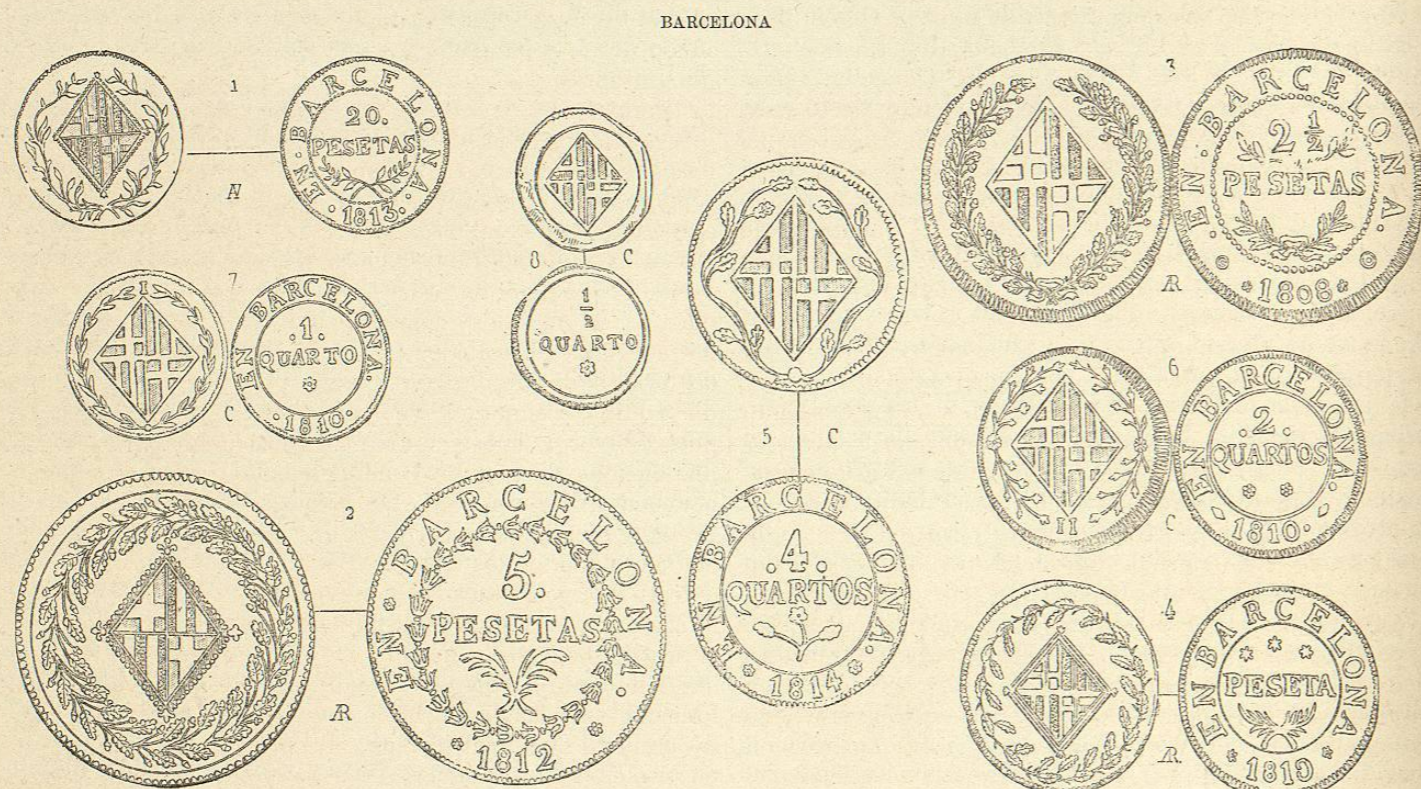
TARRAGONA  
FERNANDO VII

hecho prisionero fué sentenciado á pena de muerte y ejecutado por el tribunal criminal extraordinario establecido en Bilbao á semejanza del de Madrid.

Con menos prosperidad que en Galicia habian ido en este

tiempo para nosotros las cosas de la guerra en la parte de Cataluña. Cierta que despues de las descabros de Cardedeu y Molins de Rey no habia hecho poco Reding en mantenerse firme y tranquilo en Tarragona, reforzando y completando su ejército, ya con reclutas, ya con cuerpos formados que llegaban de Granada y de Mallorca, muy auxiliado por la junta, que para facilitarle caudales no vacilaba en recoger y convertir en moneda la plata de los templos y aun de los particulares. Siguióse al principio el plan de no aventurar batallas campales con los franceses, sino molestarlos al abrigo de las plazas fuertes y de las asperezas y montañas, y ojalá se hubiera seguido en este prudente propósito, que era el consejo de los jefes mas cuerdos y experimentados. Pero mal avenido con esta espera el genio belicoso de los naturales, y no llevándola tampoco bien el carácter altivo de Reding, movido tambien por las esperanzas que le daban sus tratos y relaciones secretas con la gente de Barcelona, determinó dar un ataque general.

Disponía Reding de 25,000 hombres, de los cuales solo 10,000 tenia dentro de Tarragona, fuera de la ciudad los restantes al mando de don Juan Bautista de Castro en una extensa línea

BARCELONA  
OCUPACION FRANCESA

de diez y seis leguas. El plan era interponerse Castro entre los enemigos y la plaza de Barcelona, y á su tiempo caer Reding sobre aquellos, así como los somatenes todos que oportunamente se descolgarian de las montañas. Mas cuando parecia próximo á ejecutarse el golpe, el general Saint-Cyr con su acostumbrada destreza rompió la línea española, y apareciéndose de improviso y por un movimiento de costado á la vista de Igualada, sorprendió á Castro, teniendo este que retirarse apresuradamente hácia Cervera, y entrando los enemigos en Igualada, donde se apoderaron de copiosos víveres, de que tenían buena necesidad. Dejó allí Saint-Cyr á los generales Chabot y Chabran, y revolviendo por San Magin obligó al brigadier Iranzo á refugiarse en el monasterio de Santas Creus. Como á libertarle acudiese Reding con algunas fuerzas que consigo llevaba, y con otras que se le agregaron, resolvió Saint-Cyr interponerse entre el general español y Tarragona trocándose así y volviéndose como al revés el plan primitivo de aquel. Moviése entonces Reding hácia Montblanch, donde celebró un consejo (24 de febrero) para resolver definitivamente si convendria ir al encuentro del enemigo ó retroceder á Tarragona. Decidióse lo último, haciendo la marcha de modo que ni se buscara el combate, ni se esquivara siendo á él provocados.

Mas habiendo tropezado con la division francesa de Souham situada en las alturas de Valls, y colocándose nuestro ejército en unas colinas á la orilla derecha del Francolí, rigiendo la izquierda y centro el general Martí, la derecha el general Castro, empenóse formal pelea (25 de febrero), en que los nuestros llevaron ventaja por espacio de cuatro horas, hasta que uniéndose Saint-Cyr á Souham, y obstinándose Reding en no abandonar el campo, no obstante la opinion de algunos jefes españoles de no ser prudente aventurarse á perder lo ganado batiéndose con tropas de refresco, trabado de nuevo y con mas ardor el combate, el valor y la tenacidad de los nuestros no bastó á resistir el impetuoso ataque del enemigo, siempre bien dirigido por Saint-Cyr: rota nuestra línea, los soldados se dispersaron salvándose por los barrancos y asperezas, yendo muchos á refugiarse á Tarragona. Allí llegó tambien por la noche Reding, con cinco heridas que recibió rodeado de jinetes enemigos, de que con trabajo y á fuerza de valor se pudieron librar él y los oficiales que le acompañaban. Quedó, entre otros, prisionero el marqués de Castellodorus. Perdimos en aquella accion mas de 2,000 hombres, contándose entre los muertos algunos oficiales superiores.

La industriosa y rica poblacion de Reus, sin duda por evitar el saqueo, abrió sus puertas al vencedor, y aun salió la

municipalidad á recibirle y ofrecerle auxilios; conducta extraña y hasta entonces desoída. Propúsose Saint-Cyr, extendiéndose hasta el puerto de Salou, dejar á Tarragona incoordinada con el resto de España, y esperar que el desaliento de la derrota de Valls y la epidemia que en la ciudad se habia desarrollado con motivo del hacinamiento de enfermos y heridos en los hospitales, la obligarian á rendirse, quedando así dueño del país, sin necesidad de sacrificar mas gente. Léjos, sin embargo, de abatir los reveses á hombres del aliento y la perseverancia de los catalanes, millares de miqueletes y somatenes, guiados por el general Wimpffen y por caudillos del país tan intrépidos como Milans y Clarós, proseguian una guerra sin tregua, arrojaban á los franceses de Igualada, y acercándose á Barcelona alentaban de nuevo á sus moradores, costando á los generales franceses no poco esfuerzo restablecer sus comunicaciones con la guarnicion de la capital. Cansóse tambien Saint-Cyr de esperar en vano la sumision de Tarragona, y así levantando el campo y dirigiéndose hácia Gerona cuyo sitio meditaba, pero queriendo hacer alarde del poco cuidado que le inspiraban los enemigos, desde Valls envió un parlamentario al general Reding (19 de marzo), diciéndole, que teniendo que partir al dia siguiente á la frontera de Francia, entregaría, si gustaba, el hospital que allí habia formado al jefe español que quisiera destinar á hacerse cargo de él; proposicion que aceptó Reding con gusto. A los pocos dias entró Saint-Cyr en Barcelona, donde permaneció hasta el 15 de abril.

Que el espíritu de la poblacion de Barcelona desde el principio habia tenido en continuo recelo é incesante desconfianza al general Duhesme, lo hemos indicado ya otras veces, y es fuera de duda; como lo es que continuamente se habian entendido y estado en tratos personas notables de dentro con los jefes y caudillos de fuera, incluso el capitán general Villalba nombrado por los franceses en reemplazo de Ezpeleta. Era, por decirlo así, una conspiracion latente y asidua, contenida por la vigilancia y por la fuerza. Conocedor de esto el general Saint-Cyr, quiso, durante su permanencia en Barcelona, comprometer la poblacion obligando á las autoridades civiles, como antes se habia intentado con las militares, á prestar el juramento de reconocimiento y de obediencia al rey José. En su virtud las convocó Duhesme á la casa de la audiencia (9 de abril), pero hecha la excitacion, precedida de un estudiado discurso, negáronse á ello con resolucion y firmeza aquellos buenos patrios, así magistrados como individuos de la municipalidad y jefes de la administracion, añadiendo algunos palabras tan enérgicas y dignas como las del oidor Duenas, que dijo, que «antes pisaria la toga que vestia, que deshonrarla con un juramento contrario á la lealtad» y como las del contador Aguirre que expresó, que «si toda la España proclamase á José, él se expatriaria solo.» Valióse tal conducta á aquellos integérrimos varones el ser conducidos en calidad de presos á la ciudadela y á Monjuich, y transportados despues á Francia; medida violenta que se extrañó en el general Saint-Cyr, que habia dado antes pruebas de no ser hombre cruel, ni duro y áspero de condicion.

Despues de esto, y en medio de la guerra de somatenes que constante y vivamente seguia haciéndose, con frecuentes reencuentros y variados trances y alternativas, partió Saint-Cyr de Barcelona. La poblacion de Vich en que entró (18 de abril) estaba yerma de gente: al revés que en Reus, todos los moradores habian emigrado, llevando consigo sus alhajas mas preciosas, y no encontró en ella mas habitantes que el obispo, seis ancianos y los postrados y enfermos. Allí recibió noticias de Francia, de que casi del todo habia carecido hacia cinco meses. Siempre con el designio de poner sitio á Gerona, dióle tiempo para poderlo preparar la muerte de Reding, acaecida en Tarragona (23 de abril). Aquel valeroso, activo é inteligente general, de nacion suizo, de corazon español, y que ya se

consideraba y conducia como hijo de España, á quien tan principalmente se habia debido el triunfo inmortal de Bailen, sucumbió de resultas de las heridas recibidas en Valls, agravadas con los sinsabores del ánimo. Sucedióle interinamente en el mando el marqués de Coupigny.

Por último, el rey José que desde Madrid observaba los movimientos de unos y otros ejércitos en todas las zonas de la Península, que con el mayor Jourdan dirigia las operaciones de los suyos en aquello en que lograba ser obedecido de los mariscales, que aquí sobre el terreno veia las cosas y conocia las necesidades harto mejor que Napoleon desde el centro de Alemania, y con todo esto tenia que esperar sus órdenes, pero que las mas veces por la urgencia de los casos se veia obligado á mandar ú obrar por sí antes de recibirlas, en vista de los movimientos de ingleses y españoles hacia Castilla y Extremadura, comprendiendo que seria una imprudencia emprender en tales circunstancias la expedicion á Andalucía que queria el emperador, autorizó al mariscal Víctor á volver sobre la orilla derecha del Tajo entre Almaráz y Talavera, dió orden á Sebastiani de replegarse á Madridejos, porque su posicion mas allá del Guadiana seria muy peligrosa, y como viese que la marcha de estas tropas se retrasaba mas de lo que queria, él mismo partió de Madrid con 6,000 hombres, dirigiéndose por Toledo á Madridejos, donde llegó el 25 de junio. Mas no tardó en retroceder á la capital (29 de junio), porque no la creía segura de un ataque del enemigo (1).

Hé aquí la situacion militar de España á consecuencia de la campaña de la primera mitad del año 1809, de que tan magníficos resultados se habia prometido Napoleon con los 300,000 hombres que aquí tenia, tal como la describe un historiador francés, ciertamente nada sospechoso de adicto á España. «La evacuacion de Galicia, dice, por los dos mariscales Soult y Ney habia entregado todo el Norte de España á los insurrectos... Toda la Galicia, las provincias portuguesas de Tras-os-Montes y de Entre-Duero-y-Miño, la raya de Castilla la Vieja hasta Ciudad-Rodrigo, y parte de Extremadura desde esta última plaza hasta Alcántara, estaban en poder de los españoles, portugueses é ingleses reunidos, sin contar el Sur de la Península que les pertenecia exclusivamente... Habiéndose replegado Víctor sobre el Tajo... el general español Cuesta se habia dirigido del Guadiana hácia el Tajo frente por frente de Almaráz. En la Mancha el general Venegas, que habia reemplazado á Cartaojal en el mando del ejército del centro, amagó atacar al general Sebastiani; el rey José tuvo que salir de Madrid con su guardia; replegado Venegas, el rey se volvió á la capital. En Aragon el general Suchet estaba reducido á pelear cada dia con los insurrectos, á quienes no habia desalentado el sitio de Zaragoza; y en Cataluña Saint-Cyr meditaba sitiar las plazas fuertes de que estaba encargado, teniendo que sostener cada dia un combate con los somatenes. Hé aquí el espectáculo que en aquellos momentos presentaba la guerra de España.»

Ya antes habia dicho este mismo escritor: «Mientras que con soldados que casi eran unos niños ponía término Napoleon en tres meses á la guerra de Austria, no podian sus generales, con los primeros soldados del universo, aniquilar unas cuantas hordas indisciplinadas y un puñado de ingleses mandados con cordura. Eternizábase la guerra en España en detrimento de nuestro poderío, de nuestra gloria algunas veces, y en mengua de la dinastía imperial.»

(1) Entre los muchísimos datos y noticias que se encuentran en todas las historias y memorias de aquel tiempo acerca de las operaciones de la campaña que duró los seis primeros meses del año 1809, en ninguna parte los hallamos mejor y mas compendiosamente resumidos que en la carta que el 26 de junio dirigió el mariscal Jourdan desde Madridejos al ministro de la Guerra, dándole cuenta de todo, así como de las intenciones y propósitos del rey.